

Polémica, historización y parodia; representaciones en entredicho de sujetos

subalternos

María Lidia Fassi (Universidad Nacional de Córdoba)

Proponemos leer modos de representación de sujetos actorializados como personajes referenciales sociohistóricos –gaucho, cabecita negra, mujer, negro, homosexual-, agrupables según dos tensiones: subordinación y rebeldía política, estigmatización cultural y revulsión de reglas hegemónicas. Lo que caracterizo como representaciones en entredicho resulta de preguntarnos si habría algún enunciado interdicto o alguna escritura cuyo modo de decir generaría un reparo a la crítica académica. Parecería que se pone en cuestión ciertas novelas y no se las considera como estaciones de una travesía por la configuración de una identidad política, la del mundo plebeyo, que en este corpus es narrada como *pueblo* (Laclau 2005).

Nuestra investigación hace un recorrido de lectura que establece relaciones entre dos recortes sociohistóricos: 1954-1976 y 1983-2010 (Fassi 2009). En el primer período seleccionamos ficciones y ensayos marcados por la *primacía de lo político* y por los sentidos fundantes de la proyectualidad moderna: identidades políticas homogéneas, asociadas a un proyecto de nación que integre la cuestión social o a una utopía revolucionaria, en oposición al discurso de la nación liberal-conservadora. Retomamos operaciones culturales discursivizadas en y por la escritura paradigmática de Arturo Jauretche (1997 y 2001) [1957 y 1968] que, basado en el principio de que toda práctica es política, desmonta estereotipos de la cultura y de la historia de las ideas impuestos por el discurso sarmientino, sobre todo la “zoncera mayor”, *Civilización y Barbarie*, y produce prácticas contrahegemónicas: desnaturaliza al *gaucho* inventado por Sarmiento,

que borró su condición de sujeto agente de cambios políticos en la sociedad de su época y lo redujo a objeto de manipulación del caudillo. Asimismo, redefine e historiza la categoría *intelligentzia* como representación social de un tipo específico de sujeto letrado; lo hace al inscribirla en una situación de hegemonía discursiva -la *colonización pedagógica* realizada por los miembros del aparato cultural dominante- y al explicitar las marcas significantes que lo autorizan como agente de clasificación y jerarquización de los objetos de saber: perspectiva epistémica y axiológica abstracta, eurocéntrica, y neocolonial (Jauretche 1997).

Lewcowicz (1996: 2) sostiene que historizar es suplementar con un acontecimiento la estructura de una situación, y suplementar es introducir en un todo un elemento que lo destotaliza. Asimismo, historizar es transformar y hay transformación sólo cuando aparece un punto de alteridad. Finalmente, es seleccionar un registro de historicidad, en este caso las identidades políticas que se instituyen en una coyuntura. Desde esta perspectiva Jauretche (1997 y 2001) introduce un elemento, la *zoncera mayor*, que destotaliza la oposición cultura (*civilización europea*) – naturaleza (*barbarie americana*) porque revaloriza el hecho americano como una cultura preexistente en América producida bajo condiciones diferentes y porque esa categoría le permite analizar la Historia escrita por la Línea Mayo-Caseros como una construcción sistemática que enmascara *su política de la historia*, la de constituirse en maquinaria de exclusión que clasifica a la población gaucha como *barbarie* y la desplaza de la *Temporalidad de la nación liberal-oligárquica* -representable como *progreso y orden de la ciudad letrada* (1997). Al respecto, el discurso jauretchiano instauro dos puntos de alteridad: 1) una representación del subalterno, “lanzas, libreta de enrolamiento y carnet sindical” (1997: 52-57), sinécdoques del *gaucho*, la *chusma yrigoyenista* y los *cabecitas negras* respectivamente, que articula una serie discursivopolítica y funciona como

archivo de su condición común, un colectivo en lucha en diversas coyunturas de construcción de la nación; 2) una representación del *intelectual nacional* como un *doble cultural*, mezcla de cultura letrada y cultura popular o de masas. Dicha hibridación es política porque se narra como superposición, tensión y dislocación entre la figura del “zozzo”, educado en la colonización mental por el aparato de la *intelligentzia*, y la del que comprende el poder de representación de la lógica cultural nacional configurada como localización perceptual, conceptual, política y axiológica de la producción de saberes (1997: 235-238). Muy leída en los años 60 y 70, esta discursividad produce un efecto político porque disloca el imaginario hegemónico y reorganiza las prácticas y objetos de saber en el dominio de la cultura.

Las políticas de representación descritas reaparecen en algunas ficciones posdictadura. En tanto el golpe del ‘76 representó una ruptura violenta y masiva de las prácticas culturales del pasado, el interdiscurso del período posterior en el que nos situamos en esta exposición, se configura como un espacio de significantes inestables que condensan la puesta en crisis de los regímenes de significación de la *Temporalidad de la Nación y Civilización y Barbarie* (Ludmer 2010). Las novelas no canónicas *French y Beruti. Los patoteros de la Patria* (Martelli 2000), *Una chaqueta para morir. El fusilamiento de Dorrego y Aquellos años cuarenta* (Orgambide 1998 y 2004), *La lengua del malón* (Saccomanno 2003) y *1810. La Revolución vivida por los negros* (Cucurto 2008)¹, modulan, transforman o disuelven representaciones de sujetos subalternos estereotipadas por dichos regímenes de significación (Fassi 2009). Estas ficciones, cuya publicación es cercana al Bicentenario, constituyen un espacio productivo para repensar las polémicas centrales en la historia y la cultura argentinas por sus estrategias de representación de subjetividades subalternas narrables como una identidad “pueblo” -

¹ En adelante, *French y Beruti*, *Una chaqueta para morir*, *Aquellos años cuarenta*, *La lengua del malón* y *1810* respectivamente.

relacional y contingente-: disputas entre proyectos por la integración o exclusión social en el mapa de la nación, entre representaciones opuestas por la hegemonía discursiva y política, rearticulación de la representación política bajo el “gran relato” del peronismo, que configuró un corte político y cultural, reemergencia contemporánea del populismo como una lógica política revalorizada (Laclau 2005). Al respecto, la crítica reciente se repliega sobre relatos hegemónicos de narración de subjetividades peronistas y omite *Aquellos años cuarenta* (Orgambide 2004) y *La lengua del malón* (Saccomanno 2003), cuyas formas compositivas posibilitan pensar de otro modo la relación entre cultura y política. Mi interés reside en incorporar al debate el corpus propuesto porque conforma una zona enunciativa que exhibe un poder de representación, el de las subjetividades letradas en alianza con *los de abajo*, una *plebs* que aspira a constituirse en un bloque hegemónico (Laclau 2005). Asimismo, se hace un uso estratégico de atribución de valores eufóricos al vínculo entre líderes y sectores plebeyos como efecto de una relación específica entre géneros discursivos, representaciones y afectos: memorias, cartas, conversaciones, cielitos, novela erótica presentan significantes que dan verosimilitud a la representación política y funcionan como operaciones de desclasificación y revalorización.

Una hipótesis de lectura atraviesa el corpus: estas ficciones instauran discursivamente la representación de una figura específica de sujeto popular como agente de transformaciones en la historia, la visibilización de actores subalternizados como integrantes del colectivo –subjetividades *bárbaras e ilustradas*-, la configuración de un vínculo afectivo con el representante político, el planteo de reivindicaciones populares, la integración al sistema de valores legítimable en y por la coyuntura, el reconocimiento de los vínculos positivos entre jefes y colectivos populares, y el acto de nominación de una identidad política *pueblo*. El espacio discursivo recortado está incluido en un campo

polemológico que entrecruza *Temporalidades (diversas) de la Nación* y reformulaciones de *Civilización y Barbarie*. La interacción entre ficciones y regímenes de significación, permite leer heterogeneidades mostradas y constitutivas en las polémicas, historizaciones y parodias de discursos de la historia, de la memoria y de la cultura. *1810. La Revolución de Mayo* constituye una línea heterogénea respecto de las polémicas por la representación legítima de una identidad política. De este modo, las ficciones proyectan posiciones enunciativas contrapuestas, entre el polo de resignificación eufórica de la identidad política de sujetos subalternos y el de indiferenciación de sentidos políticos.

A partir de ello realizamos diversos agrupamientos y travesías por el corpus:

I. *French y Beruti* (Martelli 2000) y *1810* (Cucurto 2008): de la resignificación del pueblo de Mayo al “avance de la insignificancia” (Fassi 2011: 228).

French y Beruti (Martelli 2000) representa las luchas revolucionarias y la emergencia de una identidad pueblo desde las Invasiones Inglesas hasta la década revolucionaria. Las voces de los dos sujetos letrados que dan nombre a la novela narran la participación activa de sujetos populares en los enfrentamientos con los ingleses, en la composición de las milicias con criollos, mestizos, indios y la consiguiente democratización de esas fuerzas, además de la incidencia de esas mismas en la discusión de la nueva situación política. El género de las memorias -narrar la vida pública- permite exhibir y legitimar la representación política: el orgullo de ser criollo, la participación en la fiesta popular calificada como la “verdadera vida” (13), el aprendizaje de la lengua popular –“la extraña jerga gaucha” (13)-, el vínculo afectivo y de obediencia creado con *la plebe*, su rol de agitadores, la pueblada de mayo, la opción por la causa revolucionaria y la puesta en destino de sus dirigidos, los orilleros. Estos modos de hacer y ser son condición de

posibilidad de otra transformación: French y Beruti se convierten en jefes populares de milicias cuyo uniforme iguala y borra las diferencias de castas. En esos actos se inventa un pueblo, según dice French a Cisneros: “Nosotros, la novedad, eso, el Pueblo, (...) esa cosa mayúscula pero incomprensible, que se iba a entrañar en nuestra alma (...)” (Martelli: 101-2).

A la inversa, *1810* (Cucurto 2008) parodia el preconstruido cultural, el de los negros como víctimas del sacrificio y el uso de los cuerpos para la guerra a cambio de una promesa de libertad. Lo desnaturaliza por inversión paródica e invención de una identidad representable por la fiesta, el goce desenfrenado de la sexualidad en todas sus formas hetero y homo, la ruptura de jerarquías con su jefe militar, San Martín. Éste es ubicado anacrónicamente en el acontecimiento de Mayo y su figura de modelo moral – jefe militar, padre ejemplar- es sustituida en y por una representación paródica del exceso erótico. De ese modo se produce una deshistorización y despoltización del rol emancipador de los plebeyos y de su líder, de lo narrable como un vínculo de representación política o como un archivo asociado a la configuración de una identidad política. Se lee un efecto de insignificancia por indiferenciación de sentidos políticos. La narración del tiempo pasado en clave de liberación sexual se configura como espectáculo que escenifica trayectos aleatorios, puro divertimento cultural y caricaturización de la Historia como fotocopia del presente: estas opciones discursivas proyectan un lugar de enunciación corrosivo con respecto a la doxa, pero borran también la distancia crítica producida por las operaciones de historización.

II. Representaciones en *el teatro de la Patria: Una chaqueta para morir y Aquellos años cuarenta* (Orgambide 1998 y 2004)

En esta serie la historización se produce como inscripción del acontecimiento narrado en la secuencia revisionista ya mencionada, *lanza, libreta de enrolamiento y carnet sindical*, cuyos sentidos -instrumento de lucha de un colectivo subalterno por derechos sociales y políticos, jerarquización social y conciencia de responsabilidad en el destino nacional- generan espesor temporal en la figura del payador que une ambas novelas y habilita el traslapamiento de atributos en las representaciones de la *montonera federal* y los *cabecitas negras*.

Es un modo de funcionamiento discursivo que visibiliza representaciones de una identidad política “pueblo” inscripta en una secuencia de otra *Temporalidad de la Nación*, la que articula *política nacional, territorio federal y población nativa* (Fassi 2011). El representante Dorrego construye el mapa de la patria como espacio geopolítico que trasciende la ciudad-puerto e incluye a las provincias, defiende a los subalternos mediante la toma de la palabra en los debates por la Constitución de 1826, para nominarlos y jerarquizarlos como integrantes del país con derecho al voto. En esa disputa traza la frontera política, marca los antagonismos entre federales y unitarios y construye una identidad pueblo: igualdad de derechos en la elección de representantes opuesta al voto calificado que excluye a la mayoría del país, mayoría de pobres. Mediante la narración y actualización de las competencias del líder -saber y poder hacer, saber decir- se construye también *un doble cultural* que resulta de una diferencia política: es el *sujeto ilustrado* que juega su poder económico y saber estratégico en una alianza integradora con los sujetos del desorden, porque privilegia la libertad y los derechos de todos los que habitan la patria.

Con respecto a la configuración de una identidad *pueblo del populismo peronista en Aquellos años cuarenta* (Orgambide 2004), podemos describirla como lo que emerge y toma forma en la representación del migrante provinciano: su propia palabra lo presenta

como quien pone condiciones a su patrón: que no lo llamen “payuca” ni “cabecita”, “negro” o “grone” (52), que lo llamen por el apellido o el nombre, que no lo tuteen. Un saber práctico, lo que debe definir el trato social; una dimensión afectiva, su adscripción al colectivo *provincianos y peronistas*.

La estrategia unificadora de las representaciones políticas del subalterno es la imitación de las formas de la Gauchesca, el género de la Patria. En *Una chaqueta para morir* (Orgambide 1998), los cielitos del cantor popular y el discurso indirecto que da cuenta de la palabra de otros gauchos son marca del reconocimiento explícito de los valores políticos que orientan la acción del representante Dorrego; la dimensión afectiva se infiere de su nominación como “el Coronel del pueblo” (20), de la identificación en y por el subjetivema de pertenencia: “Coronel, mi coronel” (20), en y por la construcción de los actores en espejo, relación donde el jefe es modelo de identificación:” Por eso voy a mirar / como quien mira un espejo, / para saber quien soy yo, / mirando a Manuel Dorrego” (20). En *Aquellos años cuarenta* (Orgambide 2004), la palabra poética del Payador marca recurrencias de sentido que funcionan como archivo de tensiones entre rebeldía y subordinación asociables a la representación del *cabecita*: el ejercicio de la libertad, la renuencia a tener que pedir permiso al patrón, la subordinación económica, la subjetividad atravesada por el sufrimiento como marca de identificación colectiva: “Señores, yo nada tengo / lo que me sobra es dolor, / yo soy igual que mi pueblo, / no me pregunten quién soy” (55).

III. *La lengua del Malón* (Saccomanno 2003). La dislocación de mitos del discurso hegemónico en la cultura, la política y la historia

El ingreso de una nueva marca altera las reglas de juego de la marca anterior (Lewcovicz 1996). En esta novela el acontecimiento que irrumpe en la serie

discursivopolítica es lo que podemos denominar *Libro de los secretos*, el que posibilita narrar pasiones transgresoras de la ley sexual y patriarcal: entre el profesor y el joven obrero, la periodista y la señora de un marino, entre D y el indio Pichimán. Y habilita también el relato de la violencia política ejercida sobre los cuerpos del peronismo en 1954 y 1955, y silenciada por la alta cultura. No hay repetición de estereotipos sino narración de varios conflictos de identidad. Se trataría de la suplementación de un orden de la cultura, memoria e historia, mediante la selección de representaciones hegemónicas -la autonomía de la literatura según Borges y el universalismo según Victoria; la oposición entre cultura letrada y barbarie peronista en el relato literario sobre peronismo; la victimización de la mujer blanca en la serie literaria de la cautiva- y la introducción de una nueva marca en cada representación instituida que disloca el orden del discurso regulado tanto por la formación sarmientina cuanto por la temporalidad de la nación de factura liberal-oligárquica.

Borges y Victoria defienden la literatura autónoma pero anclan su práctica en una representación política golpista y liberal-conservadora; curiosa historización, efectuada mediante una invención verosímil, un encuentro furtivo con los conspiradores, y reforzada por un documento, la autobiografía de Rojas. Lo que esta ficción visibiliza es que tanto la historia política cuanto la historia de la alta cultura son caras de una alianza implícita, lo que es cultural se fusiona con lo político porque son funcionales a una misma lógica hegemónica, liberal-conservadora.

La novela también disloca los estereotipos de subalternos peronistas porque a los atributos del *pueblo* -cabecita negra, trabajador, cuerpo sudoroso, fuerza bárbara-, le agrega los atributos historizados de Gómez -provinciano, criollo, pobre, que adquiere la letra y oculta su condición subalterna de origen-, y un matiz paródico en la narración de identidad oscilante entre dos extremos, el máximo refinamiento intelectual por

identificación con la revista Sur y la máxima afección por los cuerpos de la barbarie peronista.

Por último, la representación de la cautiva, con el atributo del deseo por el indio, invierte la lógica inaugurada por el poema de Echeverría e instaura la rebelión contra el patriarcalismo que impone sentidos -mandatos- a mujer y patria.

Estas marcas de historización y parodia cambian el sentido, reordenan y resignifican las relaciones entre literatura, cultura y política: las representaciones del subalterno se complejizan en y por la figura de Gómez que contiene los preconstruidos culturales estigmatizados, los tensiona y revuelve como narración que se funde con la escritura de Delia, la lesbiana, y con el cuerpo de D, la que realiza su deseo pasional con el *salvaje* en la novela desocultada. Poder de representación que exhibe políticas de género, culturales, sociales y otra vez políticas en la visibilización de una identidad pueblo compleja en la que se incluye Gómez.

Bibliografía

- Cucurto, Washington (2008) *1810. La revolución de Mayo vivida por los negros*. Buenos Aires: Emecé.
- Jauretche, Arturo (1997) [1957] *Los profetas del odio y la yapa (la colonización pedagógica)*. Buenos Aires: Peña Lillo editor.
- (2001) [1968] *Manual de zoncetas argentinas*. Buenos Aires: Corregidor.
- Fassi, María Lidia (2011) “Representaciones del subalterno en novelas contemporáneas: ¿transformación radical de los sentidos o ‘avance de la insignificancia’?”, en *XV Congreso Nacional de Literatura Argentina*. Córdoba, Imprenta FFYH, UNC.227-238.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Lewkowicz, Ignacio (1996). “¿A qué llamamos historicidad?”, en www.estudiolwz.com.ar
- Ludmer, Josefina (2010). *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Martelli, Juan Carlos (2000) *French y Beruti. Los patoteros de la Patria*. Buenos Aires: Atril.
- Orgambide, Pedro (1998): *Una chaqueta para morir. El fusilamiento de Dorrego*. Buenos Aires: Temas grupo editorial.
- (2004) *Aquellos años cuarenta*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Saccomanno, Guillermo (2003) *La lengua del malón*. Buenos Aires: Planeta.